

## **RETAZOS SENTIMENTALES DE UNA NIÑA QUEBRANTADA. (Memorias inéditas de Mercedes Valladares)**

### ***Motivo***

**S**oy de Vegas del Condado; ahí nací y ahí pasé los primeros años de mi infancia. Me llamo Mercedes Valladares Verduras: mis apellidos bien dicen la procedencia. Por imposición de un destino adverso –muerte de mi padre, Orencio Valladares en agosto de 1930 y de mi hermana Chonina de 21 años seis meses después– fui arrancada de golpe de ese solar y trasplantada a la capital leonesa. Mi pensamiento en aquellos momentos siempre estaba en el pueblo de mis raíces, Vegas, Vegas del Condado, y en mi ánimo y sensibilidad ese traslado dejó una huella como la de la Quebrantada. ¿Y cómo era, y cómo a mis ojos se presentaba aquel rincón?

### ***Un rincón de égloga***

Se extiende en amplias y jugosas vegas que lo circundan por doquier: La Degaña, El Praderón, El Charco, El Espinero, Los Ponjales, el río Porma, la Quebrantada, la plaza. Estos son los eufónicos nombres que perviven en mi memoria después de tanto tiempo.

La naturaleza ha sido allí pródiga y rica. El color verde de los campos es una paleta cromática que va del verde suave del agua, al verde fuerte de prados y tierras de labor, hasta el verde umbrío de los montes de encinas, de tejos y estepas.

El color del cielo allí es de una transparencia purísima y los arreboles del sol en sus atardeceres naranjas, rosas y violáceos, forman cuadros pictóricos del más bello impresionismo.

Cuando el carillón de la iglesia anuncia el Ángelus, todo calla, todo sueña, todo medita. El murmullo del agua es melodía en su discurrir por presas y regatos.

Yo así lo soñaba y sólo anhelaba volver a mi casa, situada en la plaza; ir a mi huerta, a mis campos; en suma, estar con mis amigas, Juana, Rosario, Elena, Inés, Dolores, y con mis primas Quili y Choni. Correr libremente por trochas y veredas buscando violetas, pescando cangrejos en las acequias múltiples que atraviesan los campos.

### ***“Por San Blas, la cigüeña verás”***

Ya están aquí las cigüeñas, ya están aquí, lo dice el rumor del viento: “Ya están aquí las cigüeñas, ya están aquí”. Cantan los niños en la plazuela: “arroyo claro, fuente serena...”

Como banderas ondulantes despliegan sus alas al viento, poniendo una nota de color bajo el cielo límpido y purísimo de la torre de la iglesia.

Alborozadas revolotean de acá para allá, como de pronto, quedan herguidas, señeras, sobre la torre del Homenaje del Palacio de la plaza.

Luego, en pausado y majestuoso vuelo, descubrirán rutas y caminos hasta tomar posesión en su vista de pájaro del contorno urbano: hacia el norte, Barrio Ferrer; al sur Cantarranas; al este, el río Porma y la Quebrantada y más allá los ríos Curueño y Esla; y al oeste, los Bagos y la huerta, mi pequeña huerta de manzanos y perales, aquella que plantó mi padre cuando yo nací.

### *Cuadros de invierno en Vegas*

El invierno es monótono en el pueblo. En las casas de labor se aprovecha para reparar los aperos de labranza: trillos, arados, palas, azadas, bieltos, cestos de vendimia, canastos y serones. Otra faena es la selección de simientes y de frutos con objeto de prepararlos para la siembra que se iniciará en diciembre y concluirá en febrero, casi apuntando la primavera. La faena más dura es la higienización de cuadras, establos, hornos, amén de la reparación de techumbres y tejados.

Las horas pasan lentas y monótonas. Los muchachos de la casa se reúnen con los criados y motriles en las cocinas de horno en donde montan sus timbas de juego y fumarreo en aquellas noches tediosas invernales.

Las mujeres también tienen sus labores: hilar, repasar las ropas del hogar, hacer cortinones y colchas preciosas de ganchillo y hasta elaborar escarpines para niños y mayores. También eran las encargadas de preparar todos los productos extraídos de la matanza del cerdo, celebrada como un verdadero rito: morcillas, chorizos, mondongos adobados de lomos, de costillas, los ricos chorizos de pucherina, etc. Y ¿cómo no recordar las roscas de baño para las fiestas y los bollos almendrados, los brazos de gitano, flanes y otras delicias que sólo con mencionarlas se me hace la boca agua...? Evoco con ello a mi madre, a mis tías, a María Antonia –aquella fiel mujer de Vegas que al despertar el día ya estaba picando en la puerta para salir a los campos– y a Tina de Villanueva, la criada que había en casa que a mí me acunó muchas veces con canciones y romances como “A la verde, verde, a la verde oliva...” que todavía resuenan en mi memoria al tono de su voz, y otros cantarcillos que se entonaban por aquellos años, alusivos a la guerra de África:

“No llores, niña, no llores,  
mira como yo no lloro;  
aunque a Melilla me lleven,  
a pelear con los moros...”

### *Una escena de mendigos: albergue “al palo”*

Un día de invierno y ya de anochecida llegarían al pueblo dos mendigos ya conocidos. La noche era cruda, de un viento cierzo anunciador de nevada. Bien sabían los mendigos en que casa encontrarían cobijo. Las familias limosneras no eran todas en el pueblo, aunque las formas de convivencia se regían por un derecho consuetudinario consistente en albergar a los pobres “por palo”, es decir, por vez, que se corría de unas casas a otras por barrios. No siempre se respetaba esto, pues también era cierto que esas gentes del “hampa” hacían pequeños destrozos y latrocinios, se iban al amanecer y ¿qué reclamación hacerles?

Pichuto y Pichuta eran los huéspedes de la noche, dos buenas piezas del “hampa” mendicante: asturianos, ella de Posada de Llanes y el Pichuto de Cabrales... decían. La Pichuta venía preñada, como todos los años. ¿De quién?... Lista, picarona y taimada, se emparejaba con el primero que caía; él, por el contrario, era torpón, borrachín habitual, pero gracioso y de genio vivo, como buen asturiano, que se enzarzaba por menos de nada con cualquiera.

La señora de la casa, que era muy limosnera, se acercó al establo con una sopa caliente y unos huevos fritos:

–Pero Pichuta ¿otra vez así?

Pichuta, al verla, se levanta respetuosa para saludarla y contesta:

–Es de mi maridín, ama, se lo juro por ésta –y hace una mal trazada cruz con dos dedos de la mano derecha–. Dame tanta pena de los homes que una no sabe deciles que non. Pero casanos en Posada el curín de allá.

Y acercando la nariz a la bocamanga del cacho abrigo se limpió la moquita que le caía.

### *Se oyen las rondas...*

“Amanece el nuevo día,  
ya salen los labradores  
con cánticos de alegría  
y el pecho lleno de amores...”

A lo lejos, por el amplio campo de esta pródiga tierra se oyen lejanas las rondas moceras de voces juveniles. Son las cuadrillas que al compás de sus múltiples faenas entonan los más variados cantos del rico folclore español. Sí, cantan y laboran; espigan, trillan, ventean, en fin, recolectan los frutos que ofrece la tierra ubérrima del Condado. Es el trabajo, el sudor de su frente; es el final del año agrícola.

Es un placer para mi recuerdo enumerar los productos de esta tierra: alubias blancas, fréjoles morados con su mota blanca, señal de su clase, ojo de perdiz; el trigo de grano grueso y alargado, y el amarillo maíz, y el centeno para alimento de los animales, como la cebada prieta de la que se extraían múltiples aplicaciones caseras: aquel falso café, la malta...

En ninguna casa falta el huerto familiar en el que se sembrarán los productos de la estación: habas verdes, patatas de primavera y toda clase de hortalizas. Si enumero las variedades de frutas del huerto de mis amores, me emociono: peras de don Guindo, manzanas reineta y mingán, las riquísimas de nangel de principio de verano, las cerezas anaranjadas, prietas y dulcísimas y los cascabelillos morados y la verdinegra ciruela claudia. ¡Ay señor, qué paraíso todo era!

El año agrícola ha alcanzado su punto álgido con la vendimia. En los primeros días de octubre se inicia la recogida del fruto de la vid: la uva. Vegas no era un pueblo vinícola, sin

embargo cada vecino tenía su viña. La vendimia es una labor minuciosa, de sumo cuidado: se separan las variedades en canastos, la uva albillo, la moscatel blanca y dorada –muy dulce–, la prieta picuda del vino tinto, la verdejo, la tempranillo. Pasarán al lagar una vez desgajadas de sus preciosos racimos que se transformarán en vino. Esta última faena es un rito, el sagrado fruto es ya vino, vino sagrado, todos los participantes harán el brindis, bota en mano, elevándola al cielo. ¡Y qué chispa y qué jolgorio!

### ***Una tertulia en Vegas del Condado: recuerdo de Florencio Boixo Jalón***

Corrían los años veinte del mismo siglo, tiempos convulsos y agitados en todos los aspectos: políticos, culturales, sociales, religiosos. Toda España estaba pre-revolucionaria; no podía obviarse esta situación en Vegas, se sentía el ambiente en los corrillos de la plaza, en ciertas reuniones, en los hogares.

En el pueblo había personas de cultura superior, bien por sus cargos administrativos y profesiones o bien por sus estudios, que percibían de una manera especial esta situación. De una forma espontánea todos estos veguenses acudían a visitar a Florencio Boixo Jalón, un joven que había quedado paralítico siendo soldado en la guerra de África, en el Desastre de Annual de 1921. Estas visitas se fueron transformando en verdadera tertulia cultural en la que se abordaban temas diversos. Era evidente que los pensamientos, ideas y opiniones no eran unánimes. Florencio era siempre el que ejercía de moderador y mentor de aquellas reuniones, como hombre de pensamiento claro y ecuánime, con una sólida formación adquirida de manera autodidacta.

Tenía una biblioteca confortable junto con una hemeroteca con la prensa diaria de la provincia y hasta la nacional. En ella eran infinidad las obras interesantes, desde las ediciones príncipe de Unamuno, Ortega y Gasset, Marañón, Fernando de los Ríos, Gumersindo de Azcárate, hasta los artículos y folletos de mi tío Félix Gordón Ordás, discípulo aventajado de don Gumersindo y joven inquieto que junto con otros leoneses –Matilla y Lobato– propiciaron el socialismo en León. Poseía también una buena colección de la novela erótica –tan en voga en aquella época– y de la novela social folletinesca, pues de todo le nutrían aquellos marchantes de feria que con su maleta de cartón en la mano llegaban los días de mercado, sentaban su tenderete en la plaza y a voz en grito pregonaban *El tren expreso* de Campoamor, *El Cristo bendito* de Gabriel y Galán o *El duro al año* de Emilio Blasco. Todos estos poemillas, tomados de sus respectivos libros, estaban impresos en pobres hojas volanderas y se ofrecían al pueblo llano como una literatura popular, junto con los romances de ciego, vendiéndose a diez o quince céntimos el paquete de cinco poemillas. Esta era la lectura preferida de la gente del pueblo y Florencio todo lo recogía.

Entre los asiduos a esta tertulia espontánea se encontraban Benigno González, secretario del Ayuntamiento, de pensamiento liberal moderado, consejero de toda la Ribera del Condado; Restituto Martínez, el maestro de niños, muy apreciado en el pueblo; Asunción Verduras Ordás, la maestra de niñas, inteligentísima, con dotes de poeta y gran pedagoga; don Bonifacio Mata, cura párroco; Paco Mancebo, el médico del Ayuntamiento, muy apreciado por sus dotes profesionales, simpático y campechano. Junto a ellos, otros tertulianos como Alfredo Llamazares, alcalde a la sazón, serio y moderado; Epifanio Llamazares, de gran talento natural y representante de la institución “Los previsores del provenir”; Honorino Boixo Jalón, hermano

de Florencio y mi padrino de bautizo, del que guardo un gratísimo recuerdo, así como de su otro hermano, Pepe Boixo. Por último citaré a mi tío Antonio Verduras Ordás, un hombre culto y amante de la lectura, que viajaba con asiduidad a la capital en donde participaba en consejos, reuniones o foros de economía y agricultura de interés para la región leonesa. Fue también administrador del Marqués de Superunda y asesor del Monte de Piedad de León. ¡Cuántos paisanos recibieron ayudas por los informes de Antonio Verduras Ordás!

### ***La represión en Vegas del Condado: agosto de 1936***

Como homenaje a aquellos detenidos en este día fatídico de imperecedero recuerdo para mí, entonces adolescente, inserto este relato de unos hechos de los que fui testigo casual a cierta distancia. Tal vez el sacarlo a la luz me sirva de catarsis.

Las cinco de la tarde en el reloj de la torre de la iglesia. Una cigüeña, vigía agorera, movía sus alas revoloteando en torno a la plaza. Allí llegan unas camionetas con soldados y de un coche militar desciende el jefe de la expedición, un alto cargo de la ciudad de León. En rápido despliegue dominan la plaza. El guardia civil de puertas acude a recibirles y el jefe de la expedición le comunica la misión que trae. La compañía de la benemérita destinada en el pueblo acude a rendirle armas. Rápidamente se forman varias parejas y con unas listas previas se reparten por las calles del pueblo.

El primer detenido será Antonio Verduras Ordás, que sin resistencia fue conducido a la plaza. Inmediatamente llegan Alfredo Llamazares, alcalde del pueblo, Rufino Juárez, Carvio, hijo del cartero, Pepe *El Pardal*, Cayo Otero y Gregorio Martín, el mesonero.

Después supe que también llevaban en la lista a Benigno González, secretario del Ayuntamiento, pero felizmente no fue apresado porque no le encontraron en la casa, y tuvo que ocultarse y después exiliarse en Francia hasta que terminó la guerra. Al parecer también iba en la lista mi padre, a pesar de que había fallecido hacía cinco años.

Lentamente fueron llegando a la plaza los familiares, sin explicarse aquella situación. El jefe, enfatizando el momento, dirigió una arenga rematada por viva España y arriba España, y subiendo a los detenidos a las camionetas se cerró el triste espectáculo.

Ya era noche oscura, todo nuestro querido pueblo quedó sumido en dolor y rabia ¿por qué no decirlo? ante la impotencia.

Fueron conducidos a San Marcos de León. El día 12 de octubre sólo regresaron de allí Gregorio Martín, el mesonero, y Regino Llamazares; mi tío, Antonio Verduras, el 5 de noviembre. Nada contaron de su cautiverio. El silencio dijo más que mil palabras.

Mercedes Valladares Verduras  
Madrid, verano del año 2009